

Año: 5 | N° 2 | Noviembre 2015

Alternativas a la visión tradicional de desarrollo

Por Cecilia Ginés

>| Cátedra de Relaciones Internacionales
>| Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales
>| Universidad Nacional de Rosario

Alternativas a la visión tradicional de desarrollo

Cecilia Ginés*

Resumen

El debate sobre el desarrollo ha sido una constante al menos desde la segunda mitad del siglo XX, y actualmente se encuentra en uno de sus momentos más efervescentes. En este marco, partimos de la constatación de que atravesamos una compleja coyuntura de crisis en múltiples dimensiones, que ubican a la contemporánea identificación del progreso con el crecimiento económico en una encrucijada. Una de las manifestaciones más importantes que hace ineludible el abordaje de esta problemática es la cuestión de la conservación del medio ambiente, como así también la preocupación por alcanzar mejoras en el bienestar de la población.

Teniendo esto en cuenta, el presente artículo se propone contribuir al debate delineando las principales premisas de dos modelos alternativos a la vigente visión de desarrollo: el modelo latinoamericano del “buen vivir” y el modelo europeo de “decrecimiento sostenible”. A este fin, se consideran sus respectivos contextos de surgimiento, y las similitudes y diferencias entre sus propuestas de desarrollo.

Palabras clave

Desarrollo – Buen Vivir – Decrecimiento Sostenible

2

¹ Licenciada en Relaciones Internacionales por la Universidad Nacional de Rosario (UNR) - Docente Adscripta de “Problemática de las Relaciones Internacionales”, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, UNR – Miembro del Programa de Estudios América Latina-África (PEALA) del PRECSUR, UNR.

Alternativas a la visión tradicional de desarrollo

Introducción: una crisis multidimensional

Desde la Revolución Industrial a mediados del siglo XVIII, Europa se posicionó como potencia mundial e impuso la noción occidental de progreso asociada al crecimiento económico que se extendió por diversas partes del globo y perduró durante siglos. Luego de la segunda guerra mundial, los Estados Unidos tomaron la posta y su economía fue uno de los principales motores del capitalismo moderno durante la segunda mitad del siglo XX, el cual resultó ser el sistema triunfante con la caída del muro de Berlín en 1989. En consecuencia, se observa que las potencias occidentales impulsaron una concepción de desarrollo que se mantuvo vigente durante siglos, la cual básicamente equipara al progreso y el bienestar de la humanidad con la prosperidad económica. No obstante, los cimientos de esta visión han comenzado a ser cuestionados, especialmente a partir del surgimiento y persistencia de problemáticas que no han encontrado solución en el marco de la misma.

En este sentido, los primeros años del siglo XXI encontraron al mundo en una coyuntura de crisis multidimensional, también identificada como una “crisis civilizatoria” (Ivanova y Ángeles, 2014: 84). La razón de esta caracterización reside en que no se trata simplemente de una crisis de carácter económico, y no afecta sólo a una región geográfica particular, sino que consiste en un momento histórico en el que la forma de producir y consumir en gran parte del mundo se ha puesto en tela de juicio. El camino hacia el progreso seguido durante el siglo XX ha sido caracterizado como un “estilo de pensamiento desarrollista deficiente” (Hartwick y Peet, 2009: 278), un “mal desarrollo” (Tortosa en Acosta, 2008: 35) o un “desarrollismo senil” (Martínez-Alier, 2008), y en los últimos tiempos ha mostrado sus nefastas consecuencias en varios aspectos.

De acuerdo a sus impulsores, la búsqueda del crecimiento económico sería la panacea para los problemas que aquejaban a la sociedad: para la pobreza y la desigualdad gracias al “efecto derrame”, para la degradación del medio ambiente al destinar inversiones en tecnologías que le darían solución, incluso para la democracia ya que la economía de mercado fortalecería a este régimen político. Sin embargo, el sistema se ha ido resquebrajando gradualmente: la pobreza y el hambre no han sido erradicados, las brechas de desigualdad se han acentuado, las crisis financieras han sido cada vez más recurrentes, las consecuencias del descuido del planeta se han agravado y las problemáticas de carácter social se han multiplicado. Además,

grandes fisuras se hicieron evidentes en la última década: cabe mencionar como una de las más impactantes la crisis financiera de 2008, la cual tuvo su origen en el Norte global a partir del colapso bancario en los Estados Unidos, dejando en evidencia que el modelo dejó de funcionar incluso para sus propios formuladores.

Frente a esta realidad, asistimos a la necesidad impostergable de replantear los lineamientos sobre los cuales se fundamenta la concepción actual de desarrollo, que asocia el progreso al crecimiento económico. En este sentido, destacaremos dos propuestas que se circunscriben, a nuestro entender, en el esfuerzo por definir nuevos valores en la consecución del bienestar: el modelo latinoamericano del “buen vivir” y el modelo europeo de “decrecimiento sostenible”.

El modelo latinoamericano del “buen vivir”

La consolidación del movimiento indígena en América Latina se dinamizó desde fines del siglo XX, lo cual dio lugar a la diseminación de su cosmovisión en la región y en el mundo. Las concepciones milenarias de los pueblos nativos sudamericanos residentes en los Andes y en la Amazonía conciben de manera diferente al hombre, a su entorno y al desarrollo tal cual es pensado en Occidente. En este sentido, se orientan por los postulados de una filosofía generalmente conocida como “buen vivir”. Sus principios y saberes han sido recuperados como parte de una forma de resistencia al capitalismo y como alternativa a su modelo de desarrollo (Dávalos, 2011: 1). En este artículo tomamos la definición que da René Ramírez Gallegos², el cual explica que el buen vivir consiste en “la satisfacción de las necesidades, la consecución de una calidad de vida y muerte dignas, el amar y ser amado, y el florecimiento saludable de todos, en paz y armonía con la naturaleza, para la prolongación indefinida de las culturas humanas y de la biodiversidad” (Ramírez, 2012: 15).

A pesar de elegirse una definición, cabe aclarar que el “buen vivir” no es un concepto unívoco y homogéneo. Muy por el contrario, las diferentes sociedades indígenas del subcontinente, residentes en Ecuador, Bolivia, Colombia, Perú, Paraguay y Brasil, aportan su definición particular de lo que generalmente se entiende por “buen vivir”. En Bolivia se propone el *suma qamaña*, que en quechua significa “vivir bien”, y en Ecuador se habla de *sumak kawsay*, que en aimara se traduce como “buen vivir” o “vida en plenitud”. La cultura guaraní también posee su propia concepción, el *teko porâ* o *teko kavi*, y complementa con su aporte a la complejidad del

² René Ramírez Gallegos es un economista ecuatoriano, especializado en políticas sociales, economía de la felicidad y educación superior. Se desempeñó como Secretario Nacional de Planificación y Desarrollo de Ecuador, y desde 2011 es Secretario de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación.

concepto. En consecuencia, se trata de una noción plural y en construcción. “El Buen Vivir es un concepto que sirve para agrupar diversas posturas, cada una con su especificidad, pero que coinciden en cuestionar el desarrollo actual y en buscar cambios sustanciales apelando a otras relaciones entre las personas y el ambiente” (Gudynas, 2011: 11).

El eje en común que subyace a todas estas definiciones es, entonces, el planteo de una alternativa, de una nueva aproximación que recupera las formas de interpretar a la sociedad y la Naturaleza de los pueblos originarios y los reformula en vistas a proponer un nuevo modelo de desarrollo. Cabe recordar que esta perspectiva cobró relevancia y reconocimiento a nivel internacional especialmente a partir de la sanción de las Constituciones de Ecuador (2008) y Bolivia (2009), las cuales incorporaron sus principios en sus respectivos articulados.

En términos generales, la filosofía del buen vivir postula una serie de lineamientos como guías para la vida. La idea de complementariedad es central, ya que se concibe al hombre, a la mujer y a la naturaleza como partes integrantes de un todo relacionado e interdependiente. “Se puede resumir el concepto de complementariedad a un estado en el cual cada ser y cada evento está “completo” porque tiene su otra parte complementaria” (Niel, 2011: 12). Cada “parte” debe convivir en armonía, respeto y equilibrio con las otras, para vivir bien. En este marco otro principio fundamental es el de reciprocidad, en tanto en un sistema interdependiente la ayuda y el intercambio mutuos sobre la base de la equidad y la solidaridad son esenciales al funcionamiento armónico de la comunidad. Finalmente, el conocimiento es esencial, ya que se trata de “la condición básica para la gestión de las bases locales ecológicas y espirituales de sustento y resolución autónoma de las necesidades” (Viteri Gualinga, 2002: 2).

El modelo europeo de “decrecimiento sostenible”

En el contexto de las sociedades con los mayores niveles de desarrollo -entendido en términos de poderío económico- se consolidó desde fines del siglo XX una perspectiva acerca del progreso que desalienta el consumo y el crecimiento como un fin en sí mismo. Identificado como una corriente de pensamiento, un movimiento de base y un slogan que incita a la acción, el decrecimiento sostenible propone “abandonar el insensato objetivo de crecer por crecer, cuyo motor no es otro que la búsqueda desenfrenada de ganancias para los poseedores de capital” (Elizalde, 2009: 62). También ha sido descripto no como una ideología o un programa político, sino como “un paraguas de alternativas a la economía dominante” (Mosangini, 2007:

15). En efecto, se trata de “un marco multifacético que le da un propósito y conecta diferentes políticas e iniciativas ciudadanas” (Kallis, 2010: 874).

Entendemos por decrecimiento sostenible “la reducción equitativa de los niveles de producción y consumo que permita aumentar el bienestar humano y mejorar las condiciones ecológicas tanto a nivel local como global, en el corto y en el largo plazo” (Schneider, Kallis, Martínez-Alier, 2010: 512). Este concepto es el centro de un modelo de desarrollo que exhorta a dejar de lado la necesidad del crecimiento económico continuo, incompatible con la conservación ecológica del planeta, en favor del alcance de una mejor calidad de vida a la par de un menor nivel de consumo. En pocas palabras, se trata de una propuesta que busca “vivir mejor con menos” (Subirana, 1995).

El debate acerca de la necesidad de adecuarnos y vivir en el marco de los límites planetarios no es nuevo, sino que cuenta con numerosísimos antecedentes que van desde los movimientos anti-industriales del siglo XIX hasta los informes del Club de Roma que, desde los años '70, exigían detener el crecimiento. En esta época Nicholas Georgescu-Roegen³, el padre de la “bioeconomía”, llegó a la conclusión de que la vida en el planeta depende de energía y de materia que se degradan de forma irrevocable. En consecuencia, la única opción para la humanidad es reducir el consumo a límites compatibles con la biosfera (Mosangini, 2007: 3). Los postulados de sus teorizaciones son antecedentes fundamentales para el movimiento decrecentista actual. A pesar de contar con precursores de amplia trayectoria, es recién a fines del siglo XX que el decrecimiento sostenible cobra especial impulso en Francia, Italia y España. Serge Latouche, economista francés, es uno de sus principales defensores y “la cara visible del decrecimiento” (Gisbert Aguilar, 2007: 3).

El principal argumento que se defiende en el marco de este modelo es el hecho de que la huella ecológica de la población mundial (la cantidad de superficie necesaria para mantener un determinado nivel de consumo) sobrepasó la capacidad de carga de nuestro planeta (la superficie que efectivamente existe para cada persona) (Manzano Arrondo, 2009: 2). Por lo tanto, nos encontramos frente al imperativo de modificar las pautas de producción y consumo actuales, ya que de otra forma el decrecimiento se dará forzosamente, de manera no planificada y con consecuencias catastróficas.

³ Nicholas Georgescu-Roegen fue un matemático, estadístico y economista rumano cuyos estudios dieron cauce a la “bioeconomía” o “economía ecológica”, la cual busca gestionar la sustentabilidad adecuando la economía al funcionamiento de la biosfera.

Las propuestas de los modelos alternativos, en clave comparada

Teniendo en cuenta las principales características de los modelos del “buen vivir” y de “decrecimiento sostenible”, a continuación procederemos a desglosar sus postulados en tres ejes generales: la concepción de bienestar y calidad de vida, la concepción de Naturaleza y sus propuestas para la organización de la economía.

Revisiones a la concepción tradicional de bienestar y calidad de vida

Como primera dimensión en la comparación de los modelos alternativos de desarrollo, abordaremos la noción de bienestar y calidad de vida, en contraposición a la idea que tradicionalmente se asocia a estos conceptos en el paradigma moderno occidental. En efecto, el bienestar tal cual se piensa en Occidente se basa en las tradiciones aristotélica y cristiana, las cuales separan al hombre de la tierra ya que la buena vida está desligada del mundo natural (Medina en Roa Avendaño, 2009: 2). De esta forma, se interpreta que todo lo que ofrece la naturaleza está a disposición del hombre para ser dominado y transformado. Además, a partir del descubrimiento de América y de la Revolución Industrial se dio lugar a la configuración de un imaginario basado en el auge del comercio y del libre mercado, que estableció a la propiedad de bienes materiales como la base del bienestar (Aguado et al, 2012: 53). En consecuencia, se asoció la satisfacción de las necesidades fundamentales al alcance de determinados niveles de crecimiento económico, generalmente medidos -con un sesgo economicista- a través del Producto Bruto Interno (PBI) de los países. En efecto, desde la Modernidad se considera “el bienestar de la población a través de las barreras que hay que superar, necesidades que hay que satisfacer o capacidades que hay que potenciar para conseguir el Buen Vivir y la felicidad de la población” (Ramírez, 2012: 29).

Ahora bien, la propuesta de una alternativa al estilo de desarrollo vigente conlleva una redefinición de lo que se concibe como “buena vida”. En los modelos bajo análisis, sus respectivas concepciones están asociadas al contexto en el cual se enmarcan. En este sentido, **el modelo del “buen vivir”** se caracteriza como una clara visión del Sur, que rechaza la concepción contemporánea de desarrollo como “un modelo de sociedad bajo parámetros universales para todos los pueblos sin distinciones culturales, económicas ni históricas” (Carpio, 2008: 1). Muy por el contrario, los principios del buen vivir recuperados por los pueblos originarios sudamericanos buscan “desoccidentalizar” y “descolonizar” el pensamiento (Roa Avendaño, 2009: 2), resaltando la importancia de la pluralidad y diversidad

de concepciones de progreso. Se trata de una visión impulsada por los “marginados de la historia”, por la “periferia social de la periferia mundial” (Acosta, 2010b: 8).

Teniendo en cuenta este enfoque, resulta evidente que lo que el *sumak kawsay* ecuatoriano o el *suma qamaña* boliviano entienden como buena vida difiere de la concepción de bienestar fundado en el alcance de un “nivel de vida” cómodo y de abundancia (medido en términos de ingresos). En la cosmovisión indígena se pone el énfasis en la “calidad de vida”, la cual contempla otros aspectos más allá de la posesión de bienes materiales, como la alegría, la celebración, la diversidad, la espiritualidad y la religiosidad (Estermann, 2012: 8). El buen vivir está asociado, entonces, a una forma de vida austera pero plena, basada en la sencillez y el respeto, en la cual se convive con la tierra y con otros en armonía.

De esta forma, se llega a la conclusión de que “en la cosmovisión de las sociedades indígenas (...) no existe el concepto de desarrollo” (Viteri Gualinga, 2002: 2) tal como es entendido en Occidente. Es decir, esta noción relativamente nueva, sobre la cual se viene debatiendo desde hace unos 60 años, no es considerada por los pueblos originarios. Por el contrario, se concibe la idea de mejoramiento social, de vivir en plenitud, desde una aproximación holística al sentido de la vida. En consecuencia, la distinción entre sociedades desarrolladas y subdesarrolladas pierde sentido, ya que no se comprende como un proceso lineal en el cual se superan etapas impulsados por el crecimiento económico, hasta llegar a un punto determinado.

En cuanto al **modelo de “decrecimiento sostenible”**, el bienestar es redefinido teniendo en cuenta su visión crítica en relación al sobre-desarrollo y al hiper-consumismo alcanzado en las sociedades con mayores índices de crecimiento económico. En consecuencia, este modelo se puede identificar como una clara visión del Norte.

Sus antecedentes y sus más importantes impulsores son, como ya se ha especificado, oriundos de países industrializados, particularmente de Europa. Todos ellos comparten la preocupación por el ritmo de vida llevado adelante en los países pertenecientes al Norte global. En el marco de este modelo, el hecho de optar por el decrecimiento se relaciona con el alcance de la felicidad en la sobriedad (Di Donato, 2009: 159), en oposición a la opción por la opulencia. Es así que la idea de bienestar se asocia esencialmente a una vida de bajo consumo, compartiendo con la filosofía de los pueblos originarios el rechazo a la concepción de buena vida de Occidente.

Los decrecentistas sostienen que el modelo de producción y consumo capitalista ha inducido, desde sus inicios, al afán por crecer y por comprar cada vez más, sin medir consecuencias. El impacto ecológico más importante proviene del consumo de alimentos, de alojamiento y de transporte. En promedio, un norteamericano consume 88 kg de recursos por día, mientras que un europeo consume 43 kg (Assadourian, 2012: 25). Dicha situación es criticable desde dos posturas: por un lado, teniendo en cuenta los efectos que este comportamiento ha generado sobre el medio ambiente; por otro lado, sus efectos sociales, ya que es reducido el porcentaje de la población mundial que disfruta de los beneficios del modelo. En consecuencia, desde la postura del decrecimiento se aboga por una profunda modificación en las pautas de consumo.

En relación a lo anteriormente dicho sobre el incesante afán por la producción y el uso de recursos sin límites, es pertinente destacar la crítica que los decrecentistas hacen a la fe ciega en el progreso tecnológico. Es comúnmente sostenido por los defensores del modelo vigente que los avances de la tecnología podrán superar los límites biofísicos del planeta, extendiendo la frontera de posibilidades para el crecimiento y para el progreso. Esta noción es utilizada a su vez como el principal argumento en contra del discurso del decrecimiento (Mosangini, 2007: 9). No obstante, ha quedado demostrado que los avances tecnológicos que dan lugar a una mayor eficiencia en el uso de materia y energía también incrementan los niveles totales de consumo, poniendo en duda entonces la ciega confianza en la solución de la crisis ecológica a través de la tecnología.

La concepción de la Naturaleza en las propuestas alternativas

Como ya se ha especificado con anterioridad, resulta evidente que el crecimiento por el crecimiento mismo es insostenible dados los límites físicos que impone nuestro planeta. No obstante, no es aún entendido en estos términos por amplios márgenes de la población, dado que desde el inicio de la Modernidad se colocó a la Naturaleza en el lugar de simple proveedora de recursos, como el ámbito que el hombre debía dominar para poder progresar.

En efecto, a partir de la industrialización se ha dado una separación entre sociedad y Naturaleza, dado que a los fines del progreso se optó por el control y la manipulación de “lo salvaje”, separado de “lo civilizado” (Gudynas, 2011: 13). Subyace en el imaginario moderno la concepción cartesiana que identifica al hombre como amo de la Naturaleza (Dávalos, 2011: 3). Una de sus manifestaciones más visibles ha sido el extractivismo a gran escala que se desarrolla en todo el mundo, vaciando al planeta de sus recursos hasta un punto irreversible. “La Naturaleza fue y sigue transformada en recursos naturales e incluso en ‘capital natural’ a

ser explotado, domado y controlado. Cuando, en realidad, la Naturaleza hasta podría existir sin seres humanos..." (Acosta, 2010b: 3).

El **modelo del “buen vivir”** incorpora en su seno el replanteo del lugar otorgado tradicionalmente a la Naturaleza, siendo este cuestionamiento uno de sus ejes principales. En este sentido, en esta cosmovisión se libera a la Naturaleza de la condición de sujeto sin derechos, dotándola de una jerarquía igual a la de los seres humanos que conviven con ella. De esta forma, se considera que la Pachamama posee derechos que deben ser respetados por los Estados, las empresas y las sociedades, entre otros. En este aspecto, encuentran anclaje los principios que sostiene la filosofía del buen vivir: tanto la necesidad de que exista una complementariedad y reciprocidad entre los hombres y el entorno, como así también que se impulse entre ellos una relación armoniosa, teniendo en cuenta que es la Naturaleza la que permite la existencia y la que da vida.

En consonancia con estas ideas, Eduardo Gudynas⁴ plantea la necesidad de una transición desde un paradigma antropocéntrico a uno biocéntrico, que considere a la Naturaleza y no solo a los seres humanos como sujeto de derechos. Asimismo, se debe apuntar a subordinar los objetivos de crecimiento económico a las pautas de reproducción de los sistemas naturales, haciendo del crecimiento económico un medio -no un fin- para alcanzar una vida digna y de calidad para todos (Acosta, 2010b: 3). De acuerdo a Roberto Guimarães⁵, “la tarea es organizar la economía preservando la integridad de los procesos naturales, garantizando los flujos de energía y de materiales en la biosfera, sin dejar de preservar la biodiversidad del planeta” (Acosta, 2010b: 4).

En este punto se puede hacer una conexión con la concepción de individuo que postula la visión del buen vivir: el mismo “plantea una construcción diferente de la relación entre sociedad y Naturaleza, por lo tanto esto se contrapone con el comportamiento de individuos egoístas que maximizan preferencias” (Dávalos, 2011: 6). Mientras que el capitalismo se ha reproducido sobre la base de la competencia individual por la búsqueda de ganancia, el *sumak kawsay* defiende la idea de una vida en comunidad y, como ya se especificó anteriormente, postula como valores la complementariedad, la reciprocidad y la solidaridad. De esta forma, el

⁴ Eduardo Gudynas es un especialista uruguayo en estrategias de desarrollo sostenible en América Latina. Investigador, profesor, asesor, hoy se desempeña como secretario ejecutivo del Centro Latinoamericano de Ecología Social (CLAES).

⁵ Roberto Guimarães es un politólogo brasileño, dedicado al estudio del desarrollo político, actores sociales y políticas de medio ambiente en América Latina.

individuo se realiza en relación con los otros y con su entorno, y cualquier mejora para el ser humano nunca tiene resultados funestos para la naturaleza.

Todo esto no significa que el modelo del “buen vivir” plantea volver a épocas pre modernas, sino que aboga por la consecución del progreso de la comunidad dentro de los límites que permite el planeta. En consecuencia, tampoco se identifica como una postura anti-tecnológica o anti-productiva, sino que los avances de este calibre deben proyectarse “al interior de un nuevo contrato con la naturaleza en la que la sociedad no se separe de ésta, ni la considere como algo externo, o como una amenaza, o como el Otro radical, sino como parte de su propia dinámica, como fundamento y condición de posibilidad de su existencia a futuro” (Dávalos, 2011: 6).

En pocas palabras, en la perspectiva de los pueblos originarios los recursos naturales que ofrece el planeta no son pasibles de privatización o propiedad, ya que los mismos constituyen una parte orgánica de la Pachamama que posibilitan el desarrollo de la vida. Por lo tanto, el rol del ser humano es actuar como cultivador y facilitador (Estermann, 2012: 7), en lugar de dueño o ser superior con derecho a explotar las riquezas de la tierra para transformarlas y crear productos.

11

El **modelo de “decrecimiento sostenible”**, por su parte, se refiere a la naturaleza en el marco de su crítica a la economía ortodoxa, cuyos postulados son contradictorios con las dinámicas ecológicas del planeta. Georgescu-Roegen llegó a esta conclusión a través de estudios que combinaban aportes de la física y de la biología. De una parte, afirmó que tanto la energía como la materia se degradan irrevocablemente, por lo cual el modelo de crecimiento vigente se torna insostenible al basarse en la constante aceleración del uso de los recursos disponibles del planeta (Mosangini, 2007: 3). De otra parte, el economista buscó insertar el proceso económico en el marco de la evolución, y a este respecto explicó que el mismo es irreversible, a diferencia de lo sostenido por la racionalidad económica moderna que se fundamenta en “la completa reversibilidad de sus procesos de un estado de equilibrio a otro” (Mosangini, 2007: 4). En fin, la visión de un modelo económico aislado, desligado de otros sistemas a los cuales afecta y de los que también depende, se topa con limitaciones de las que no puede escapar.

De estas cuestiones que relacionan el sistema económico humano con la ecología se ocupa precisamente la economía ecológica. La misma es una corriente dentro de la disciplina económica, crítica de los postulados de la ortodoxia, de la cual los defensores del decrecimiento toman argumentos para sostener sus premisas. Se considera que la economía

está subordinada al sistema físico que la engloba, y que además es un subsistema abierto. Esto quiere decir que la economía se nutre de un constante flujo de materia y energía (a través de la extracción de recursos naturales), para producir bienes y servicios, y que termina generando residuos. Esta forma de ver el proceso económico implica reconocer que hay externalidades que no pueden ser atribuidos a fallas ocasionales, sino que son inherentes al mismo y afectan a los sectores más marginales, a otras especies y a las futuras generaciones (Martínez-Alier, 2009: 130).

Frente a las anteriores consideraciones se desprende la conclusión de que el decrecimiento no alude a un cuestionamiento de la posición otorgada a la Naturaleza en el discurso sobre desarrollo ni en sus propuestas alternativas. En este sentido, cabe marcar una importante diferencia con la perspectiva del buen vivir. En términos generales, los estudiosos del decrecimiento hacen referencia al medio ambiente y a la necesidad de protegerlo con el objetivo de no agotar sus recursos. De esta forma, se entiende que no se considera a la Naturaleza como sujeto de derechos, o como ente que merece el respeto de la especie humana más allá de su condición de proveedora de los recursos necesarios para la vida, sino que adopta una postura más técnica en relación a esta cuestión.

12

Las propuestas para la organización de la economía

Desde una visión muy diferente y como alternativa al patrón de desarrollo contemporáneo basado en la libre competencia y la especulación, el **modelo del “buen vivir”** aboga por la implementación de un modelo económico solidario. En palabras de Alberto Acosta⁶, “El mercado por sí solo no es la solución, tampoco lo es el Estado. (...) se promueve una relación dinámica y constructiva entre mercado, Estado y sociedad. Se busca construir una sociedad con mercado, para no tener una sociedad de mercado, es decir mercantilizada” (Acosta, 2008: 39). Por lo tanto, es pertinente redefinir el rol del Estado y del mercado de acuerdo a los principios del buen vivir, con el objeto de lograr un estilo de vida armónico y equilibrado, tanto en términos sociales como ecológicos.

En el centro de la economía del “buen vivir” se encuentran los valores de la solidaridad y la comunidad. La actividad económica es entendida como un medio para la vida en armonía con los seres humanos y con la Naturaleza, no como un fin en sí mismo con el objetivo de la

⁶ Alberto Acosta es un economista y político ecuatoriano, que ofició como presidente de la Asamblea Nacional Constituyente Montecristi, encargada de redactar la Constitución ecuatoriana sancionada en 2008.

búsqueda del beneficio económico. Su función es el manejo de los recursos que provee el entorno con prudencia y con cuidado, para la satisfacción de las necesidades de la población. En consecuencia, “se aspira a construir relaciones de producción, de intercambio y de cooperación que propicien la eficiencia y la calidad, sustentadas en la solidaridad” (Acosta, 2008: 39).

Se parte de la figura del *ayllu*, que en aimara significa “comunidad” (diferente al concepto occidental que la identifica con una estructura social, solamente compuesta por seres humanos). La misma contempla a todas las unidades que hacen a la vida: el ser humano, la biodiversidad, la tierra. Desde esta visión, todo relacionamiento en el marco del *ayllu* se debe dar en equilibrio y en armonía entre todos sus componentes (CAOI, 2010: 54). Cada uno en la comunidad debe contribuir de acuerdo a su responsabilidad y recibir de acuerdo a lo que necesita. En este sentido, una de las bases de una economía solidaria inspirada en los principios del buen vivir, es la autogestión o el desarrollo de economías a escala local. La descentralización de las decisiones y la reorganización de los territorios se presentan como el camino adecuado para combatir la crisis económica, la desigualdad y la pobreza, al potenciar las capacidades de cada comunidad de establecer prioridades y resolver sus problemáticas tal cual las perciben en la cotidianeidad (Carpio, 2008: 12).

En consonancia con los supuestos descriptos anteriormente, se impulsan una serie de iniciativas para dar lugar a la consolidación de una economía solidaria. En primer lugar, se apunta a garantizar la propiedad, sobre todo a quienes poco o nada tienen y se defiende el principio de monopolio público sobre los recursos estratégicos como así también su uso y aprovechamiento de manera sustentable (Acosta, 2008: 40). En segundo lugar, es central el eje referido a la redistribución de la riqueza y de los ingresos en base a criterios de equidad y democracia (Acosta, 2008: 40), a fin de garantizar a todas las personas derechos fundamentales como la salud, la alimentación, el agua potable, la vivienda, el saneamiento ambiental, la educación, el trabajo, el descanso y el ocio, la cultura física y la seguridad social (Acosta, 2008: 41). En tercer lugar, se aboga por la construcción de una nueva arquitectura financiera, donde las finanzas sean de orden público y estén al servicio de la producción y el fomento del desarrollo, y no de la concentración y la especulación (Acosta, 2008: 40). Finalmente, en relación a la orientación de las inversiones, la educación y la salud son consideradas áreas prioritarias ya que, en su calidad de derechos humanos fundamentales, se busca garantizar su gratuidad para toda la población (Acosta, 2008: 41).

El **modelo de “decrecimiento sostenible”**, por su parte, se centra principalmente en la modificación de los patrones de consumo como propuesta esencial para organizar la economía. En este sentido, Latouche compara al decrecimiento con un río desbordado, el cual uno espera y quiere que vuelva a su cauce. De la misma forma, es necesario -no es “negativo”- disminuir el consumo y desprendernos de un modo de vida inviable que ha sobrepasado los límites del planeta (Gisbert Aguilar, 2007: 3).

Frente a este panorama, Latouche propone el programa de las “8 R” (Latouche en Gisbert Aguilar, 2007: 4), que va más allá de las “3 R” promovidas en el marco de la visión tradicional de desarrollo sostenible (reducir, reusar, reciclar).

- 1) Revaluar, es decir, rever los valores que guían nuestras vidas y descartar aquellos típicos del modelo capitalista como el egoísmo, la obsesión por el trabajo y la competencia, el consumismo en exceso.
- 2) Recontextualizar, lo cual alude a la modificación de la forma de entender diferentes fenómenos, de manera que cambie su sentido. Por ejemplo, superar la construcción simplemente económica de la pobreza y de la escasez, dando lugar a una visión social de las mismas.
- 3) Reestructurar el modelo de consumo, adaptando el sistema económico-productivo en consonancia con una sociedad de decrecimiento.
- 4) Relocalizar, es decir, impulsar el desarrollo de la producción y el consumo en economías a escala local, reduciendo así los costos de ligados al transporte de larga distancia.
- 5) Redistribuir los recursos, garantizando el acceso a ellos a toda la población, de manera que todos alcancen condiciones de vida dignas.
- 6) Reducir el consumo de recursos hasta un punto compatible con la capacidad de carga del planeta.
- 7) Reutilizar, en el sentido de tender hacia el uso de bienes durables y hacia su reparación y conservación.
- 8) Reciclar, es decir, recuperar aquellos residuos sólidos que pueden ser transformados para reutilizarse.

Teniendo en cuenta la inexorabilidad, la imposibilidad de escapar a la tendencia decrecientista, las propuestas detalladas se basan en la convicción de que es necesario adoptar políticas que induzcan a una transición ordenada y “socialmente sostenible” (Martínez-Alier, 2009: 122) hacia una sociedad diferente a la contemporánea. En pocas palabras, se trata de promover un estilo de vida más simple que contribuya a los grandes objetivos del modelo del

decrecimiento: la conservación de la biosfera y de la sociedad global. Es importante enfatizar la calificación que se hace del decrecimiento como “socialmente sostenible”, ya que esta propuesta puede ser blanco de críticas por parte de sociedades que no satisfacen aún las necesidades básicas de su población. En este sentido, el decrecimiento es necesario especialmente en países ricos que deberían “vivir dejando de lado el imperativo del crecimiento económico” (Martínez-Alier, 2009: 122).

Al observar las propuestas particulares de cada modelo relativas a esta dimensión sobre la organización de la economía, se distinguen ciertos puntos de acercamiento entre ambos: por un lado, la idea de impulsar el desarrollo de economías a escala local y, por otro lado, la apuesta por la redistribución de la riqueza. En consecuencia, cabe afirmar que ambos modelos buscan dar respuestas a dos aspectos esenciales de la crisis multidimensional que atravesamos. En cuanto a la relocalización de las economías, se apunta a reducir los costos innecesarios especialmente en materia de transporte, a partir del mejor aprovechamiento de la producción de la zona y de la estación del año. En cuanto a la redistribución de la riqueza, se apunta a encontrar una solución a la marcada y creciente brecha de desigualdad entre el porcentaje pequeño de población más rico y la amplia franja de población que vive en condiciones de pobreza.

Reflexiones finales

Retomando la afirmación con la cual se dio inicio a este artículo, el mundo enfrenta a comienzos del siglo XXI una compleja realidad cargada de problemáticas persistentes en el tiempo que no encuentran solución en el marco de la concepción de progreso vigente. El modelo impulsado desde los inicios del capitalismo moderno ha mostrado signos de agotamiento en diferentes niveles, por lo cual el debate no solo contempla su forma o sus estructuras, sino la idea misma de desarrollo (Ivanova y Ángeles, 2014: 84). Teniendo en cuenta las limitaciones de esta forma de pensar al progreso y de los escasos resultados obtenidos por las políticas implementadas al respecto, es apremiante la necesidad de cambiar la mentalidad que subyace a cualquier iniciativa que apunte al desarrollo.

La modificación de las formas del sistema vigente debe comenzar por el replanteo de los supuestos sobre los que aquél se basa. Esta cuestión necesariamente conllevará una transformación gradual, razón por la cual es tan importante el debate acerca de las alternativas posibles a seguir en pos del bienestar de la humanidad y del entorno, y el diálogo entre las distintas posturas para enriquecer a esas alternativas. En consonancia con esta idea,

Roberto Guimarães plantea que se debe pensar en una modalidad que priorice una serie de valores que vayan más allá del mero crecimiento económico: la protección del medio ambiente, la erradicación de la pobreza y la desigualdad, la preservación de las identidades, el fortalecimiento de la democracia en tanto sistema que habilita a la participación de todos en la gestión pública. Así, “Este nuevo estilo tiene como norte una nueva ética del desarrollo, una ética en la cual los objetivos económicos de progreso estén subordinados a las leyes de funcionamiento de los sistemas naturales y a los criterios de respeto a la dignidad humana y de mejoría de la calidad de vida de las personas” (Guimarães, 2001: 13). En esta visión caben, a nuestro entender, las propuestas de los modelos de desarrollo alternativos presentadas.

Tanto el modelo del buen vivir como el de decrecimiento sostenible se citan mutuamente como aliados para modificar el estado de cosas, como compañeros en la búsqueda de una reestructuración del pensamiento moderno sobre desarrollo. “El “buen vivir” expresa, refiere y concuerda con aquellas demandas de “décroissance” de Latouche, de “convivialidad” de Iván Illich, de “ecología profunda” de Arnold Naes” (Dávalos, 2008; 6). En consecuencia, ambos modelos son “complementarios, simbióticos y mutuamente enriquecedores ya que generan formas de pensamiento y acción portadoras de una renovada teoría y práctica socio-políticas que se enfrentan frontalmente con las dinámicas de crecimiento ilimitado del capitalismo” (Barcena Hinojal, 2011: 52).

La importancia de hacer conocidos estos modelos alternativos a la concepción vigente de desarrollo radica en la contribución que pueden realizar, cada uno desde su contexto de surgimiento, a la configuración de un nuevo imaginario sobre progreso que se base en lógicas compatibles con los límites del planeta y con las necesidades de su población. Es esencial incentivar el diálogo entre las distintas perspectivas que tienen como meta encontrar una salida a la crisis que atraviesa el mundo, para convertir sus premisas, propuestas y principios en vías para la acción.

Bibliografía

- ACOSTA, A. (2008). El Buen Vivir, una oportunidad para construir. *Revista Ecuador Debate*(75), 33-48.
- ACOSTA, A. (2010). Sólo imaginando otros mundos, se cambiará éste - Reflexiones sobre el Buen Vivir. *EcoPortal.net*.
- AGUADO, M. e. (2012). La necesidad de repensar el bienestar humano en un mundo cambiante. *PAPELES de relaciones ecosociales y cambio global*(119), 49-76.
- ASSADOURIAN, E. (2012). The Path to Degrowth in Overdeveloped Countries. En T. W. Institute, *State of the World 2012. Moving Toward Sustainable Prosperity* (págs. 22-37). Island Press.
- BARCENA HINOJAL, I. (2011). Decrecimiento? Sí, gracias! 6 tesis a favor de decrecimiento sostenible. *Viento Sur*(118), 46-54.
- CARPIO BENALCÁZAR, P. (2008). El buen vivir, más allá del desarrollo: la nueva perspectiva constitucional. *América Latina en Movimiento*.
- COORDINADORA ANDINA DE ORGANIZACIONES INDÍGENAS. (2010). *Buen Vivir/Vivir Bien. Filosofía, políticas, estrategias y experiencias regionales andinas* (Tercera ed.). Lima.
- DÁVALOS, P. (2008). El "Sumak Kawsay" ("Buen Vivir") y las cesuras al desarrollo. *América Latina en Movimiento*.
- DÁVALOS, P. (2011). Sumak Kawsay (La Vida en Plenitud).
- ELIZALDE, A. (2009). Qué desarrollo puede llamarse sostenible en el siglo XXI? La cuestión de los límites y las necesidades humanas. *Revista de Educación*, 53-75.
- ESTERMANN, J. (2012). Crisis civilizatoria y vivir bien. Una crítica filosófica del modelo capitalista desde el allin kawsay/suma qamana andino. *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana*, XI(33), 1-18.
- GISBERT AGUILAR, P. (2007). Decrecimiento: camino hacia la sostenibilidad. *El Ecologista*(55), 20-23.
- GUDYNAS, E. (2011). Buen vivir: Germinando alternativas al desarrollo. *América Latina en Movimiento*. Quito.
- GUIMARAES, R. (2001). La sostenibilidad del desarrollo entre Río'92 y Johannesburgo 2002: éramos felices y no sabíamos. *Ambiente & Sociedade*(9).
- HARTWICK, E., & PEET, R. (2009). *Theories of Development - Contentions, Arguments, Alternatives* (Segunda ed.). New York: The Guilford Press.
- IVANOVA, A., & ÁNGELES, M. (2014). Hacia un nuevo paradigma de desarrollo para superar la crisis multidimensional. En A. Girón (Ed.), *Entre la profunda recesión y la gran crisis*.

- Nuevas interpretaciones teóricas y alternativas* (págs. 83-105). México: Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.
- KALLIS, G. (2010). In defence of degrowth. *Ecological Economics*, 873-880.
- LATOUCHE, S. (2009). Decrecimiento o barbarie. *Papeles*, 107. (M. DI DONATO, Entrevistador)
- MANZANO ARRONDO, V. (2009). Decrecimiento sostenible: creando poder.
- MARTÍNEZ-ALIER, J. (2008). Decrecimiento Sostenible.
- MARTÍNEZ ALIER, J. (2009). Hacia un decrecimiento sostenible en las economías ricas. *Revista de Economía Crítica*(8), 121-137.
- MOSANGINI, G. (2007). Decrecimiento y cooperación internacional. *Rebelión*.
- NIEL, M. (2011). El concepto de Buen Vivir. *Trabajo de Investigación*. Madrid.
- RAMÍREZ GALLEGOS, R. (2012). *La vida (buena) como riqueza de los pueblos. Hacia una socioecología política del tiempo*. Quito: Instituto de Altos Estudios Nacionales.
- ROA AVENDANO, T. (2009). El Sumak Kawsay en Ecuador y Bolivia. Vivir bien, identidad, alternativa. *Ecología Política*(37).
- SCHNEIDER, F., KALLIS, G., & MARTÍNEZ-ALIER, J. (2010). Crisis or opportunity? Economic degrowth for social equity and ecological sustainability. Introduction to this special issue. *Journal of Cleaner Production*, 511-518.
- SUBIRANA, P. (1995). Consumir menos para vivir mejor. *Papeles de Innovación Social*(33).
- VITERI GUALINGA, C. (2012). Visión indígena del desarrollo en la Amazonía. *POLIS, Revista Latinoamericana*.

A close-up photograph of a green rose flower, showing its delicate petals and a prominent stamen in the center. The flower is set against a dark, solid background.

>| Directora: Gladys Lechini

>| Equipo de Trabajo:

Sabrina Benedetto
Julieta Cortés
Clarisa Giaccaglia
Carla Morasso
Rubén Paredes
Gisela Pereyra Doval
Patricia Rojo
Pedro Romero

>| Diseño:
Joaquín Paronzini

>| Información y suscripciones:
otrosur@fcpolit.unr.edu.ar

>| Cátedra de Relaciones Internacionales
>| Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales
>| Universidad Nacional de Rosario
>| Riobamba 250 - Monoblock I - Ciudad Universitaria
2000 - Rosario - Argentina